

**SERMÓN DEL ENCUENTRO  
DE JESÚS NAZARENO, CAMINO DEL CALVARIO,  
CON SU MADRE, MARÍA SANTÍSIMA,  
LA VIRGEN DE LOS DOLORES**

Los evangelios no recogen alusión alguna a un encuentro de Jesús, cuando recorría el camino hacia el Calvario, con su madre, María. Sí que aparecen en ellos contactos del Nazareno con otras personas al hacer ese recorrido: con Simón de Cirene, por ejemplo, o con las mujeres de Jerusalén, que lloraban a su paso. A éstas las reprende y les invita a llorar más bien por el futuro de sus hijos, por el futuro de su pueblo, pues *si así tratan al leño verde, qué no harán con el seco...* Simón, el cireneo, agricultor que volvía del campo, fue obligado a ayudar a Jesús con la cruz. Entre ellos no hubo intercambio de palabras, pero, al menos por unos momentos, alivió el peso de la cruz al Salvador. Sin embargo, la tradición cristiana, a lo largo de sus dos mil años de recorrido, ha añadido, quizás para suavizar más grandemente el sufrimiento del Señor, otras dos bellas escenas de encuentro con sendas mujeres: con la Verónica y con la Madre. Verónica limpia de sudor el rostro ensangrentado de Jesús y, al pronto, su imagen quedó plasmada en el paño; es el verdadero icono de Jesús al que hace referencia el propio nombre de la mujer.

La tradición cristiana, que además de extensa es también tremendamente sabia, ha colocado además un encuentro especial de Jesús en su ascensión al Gólgota: el de su Madre, María, con el corazón roto. Es curioso cómo la piedad popular ha recreado este momento como uno de los más repetidos en las celebraciones populares de la Semana Santa. Y es curioso, asimismo, observar que la tradición se limita a constatar este encuentro. No dice ni una sola palabra que pudieran haber intercambiado la Madre y el Hijo. Y, a buen seguro, no será sólo con la intención de facilitar la tarea a los predicadores de las Semanas Santas de modo que puedan imaginar ese diálogo, sino porque la piedad popular sabe que, en los momentos amargos, el silencio puede consolar más que muchas palabras, pues en ratos así, lo importante no es lo que se dice, sino saber que ese dolor es compartido y estar seguro de que, quien tienes a tu lado, está llevando ese sufrimiento contigo. Es ahí donde

sobran las palabras y hablan los silencios, hablan los gestos, el llanto, las lágrimas, el abrazo, el beso. Porque eso debió ser aquel encuentro. Silencioso pero rebosante de ternura. La cara de María, empapada en lágrimas, contra el rostro de Jesús, empapado en sudor y sangre. Una mirada rota por el espanto y el sufrimiento. Los brazos de María queriendo abarcar el cuello y el torso del Nazareno. A Jesús no podrían salirle ni las palabras. El sufrimiento debió ser mayor aún al ver que su Madre debía contemplar ese espectáculo y tenía que pasar por un momento así. Quizás Jesús hubiera deseado en ese momento que alguien hubiera retenido a María para evitarle ese trago. Pero no, ella había estado desde el principio y seguiría ahora también ahí. Dentro de todo, el ver a la madre siempre alegre. Y en los momentos más difíciles, conforta aún más. Seguro que Jesús, después de todo, saldría confortado tras el contacto con su Madre. Quizás por un momento, pudiera pensar que, finalmente, no estaba tan solo como parecía. Era eso, un momento, pero es de esos momentos que son tan intensos, que sus efectos beneficiosos se prolongan por largo tiempo.

Sin embargo, por emocionante que nos parezca el encuentro entre Jesús Nazareno y la Dolorosa, habremos de sentir preocupación por nuestra humanidad. Ninguna madre debería pasar por momentos como ése porque ningún ser humano debería pasar por lo que pasó Jesús. ¿Qué ha ocurrido en el ser de los hombres para ser capaces de producir a otro hombre tanto sufrimiento, tanto dolor, tanto castigo? Y la depravación es aún peor en nuestros días: hambre y abandono, injusticia y olvido, terrorismo y guerras, torturas y vejaciones hasta extremos avergonzantes, descuido de personas mayores o enfermas, falta de libertad y negación sistemática de los Derechos Humanos, malos tratos a mujeres y manipulación de embriones, asesinatos y abortos, racismo y desprecio contra los emigrantes... Y, en todo ello, incomprensión y soledad. Lo que entonces se le hizo a Jesús, se le sigue haciendo hoy en todas las víctimas. Ahí está la ausencia de respeto del hombre hacia el hombre. El desprecio por sus semejantes delata el desprecio que siente por sí mismo, pues el hombre que va contra la raza humana es porque no siente valor y aprecio por sí mismo. ¿Por qué el hombre, que ha sido creado para el bien, se empeña tan insistentemente en negar su realidad de imagen de Dios, orientada a relacionarse en el amor? ¿No será porque ha dado la espalda a Dios? Al negarlo, niega su origen, niega su bondad, niega su misión y niega su propio ser, de modo que se da en él un conflicto existencial que le lleva a renegar de su

propia naturaleza y a comportarse contrariamente a como correspondería al hombre creado por Dios, que es el sumo Bien, y que puso en él la semilla de su amor y su bondad. Cuando el hombre se aparta de Dios, deja de ver en su prójimo a su hermano y pasa a tratarlo como su enemigo, como su rival. Sólo abriendo el corazón a Dios y recibéndolo en la casa de nuestro interior, el hombre podrá ser hombre y podrá desarrollar su inclinación natural hacia el bien y hacia el amor. El mal no procede de Dios; por tanto, quien obra el mal es porque se ha alejado del Padre.

Ojalá que el Espíritu del Señor mueva los corazones de todos los hombres a una apertura sincera hacia el Creador, pues, a través de ella, se dará una mayor apertura también hacia sus semejantes; y, lo más importante, hacia su propia realidad como seres humanos. En Dios encontramos nuestra propia identidad porque en Él regresamos a nuestro origen, un origen de sentir limpio y puro, no contaminado por la acción del pecado, que es, en definitiva, el que nos convierte en fieras irracionales y nos sitúa enfrente de los demás revestidos de orgullo, de envidia y de soberbia. Esperemos el día, y roguemos a Dios por que llegue pronto, en que ya no haya más nazarenos ni más dolorosas: en que nadie sea capaz de hacer daño a sabiendas a su prójimo, en que un ser humano no busque el sufrimiento de otro ser humano. Miremos el rostro de Jesús con la cruz y el gesto de dolor de María, su Madre, y veamos en ellos no el arte de las tallas de la imaginería de Semana Santa, sino el otro rostro que se esconde tras ellos y que es tan real: el de tantos miles de personas que sufren por la acción injusta de otras personas. Y que eso conmueva nuestro corazón. Y que eso nos ayude a ser mejores. Y que, entre todos, construyamos un mundo también mejor, más humano y más justo; el mundo con el que Dios quiso compartir su existencia de amor y felicidad con nosotros, sus criaturas más amadas.

Jesús Nazareno: Ruega por nosotros.

Virgen Dolorosa: Ruega por nosotros.

Te adoramos, oh Cristo y te bendecimos,  
que, por tu santa cruz, redimiste al mundo.